



POCOS meses como el de mayo —mayo galán— tan pródigos en costumbres y tradiciones populares, todas ellas aureoladas, ungidas y perfumadas del aroma del amor, que, aun en los rústicos, tiene delicadas finezas y trascendencias de cortesanía que se traducen y manifiestan en forma de galanteos que quieren ser obsequiosos y rendidos.

En los medios rurales ello trae aparejado, desde tiempo inmemorial, originales y curiosas fiestas que, por su entraña e indudable interés, bien merecen que se perpetúen, celebren y expandan para su conocimiento y loa, ya que en su sencillez e ingenuidad acusan una esencia sana y vigorosa y son exponente de nobles y hondos sentires.

Antiguamente, la costumbre fué universal. Luego, con los tiempos, fué decayendo y aminorándose; pero en su digna y entera resistencia a desaparecer, son muchos, muchísimos aún los pueblos españoles donde subsiste, en más o en menos, con sus amables y galanas características que la embellecen y cualifican, haciéndola merecedora, no sólo de respeto, sino de admiración, celebración y encomio.

Los pueblos madrileños las conservan, un buen número de ellos, especialmente los de la región del Mediodía de la provincia; los del Centro y Norte ha mucho que no la practican.

Montejo de la Sierra acaso sea uno de los que las conservan y practican, no sólo viva e íntegra, sino con entusiasmo creciente cada año, en sus tres partes o aspectos, los cuales, aun reconociendo un mismo principio y origen y ser en el fondo, al parecer, uno y lo mismo, o, por lo menos, partes integrantes del conjunto y continuación uno de lo otro, son, empero, algo distinto, teniendo cada uno de los tres sus características particulares y sus diferencias propias. Porque uno, en esencia, son tres en la realidad: «el mayo», «los mayos» y «las mayas».

Como cada uno, de por sí, es materia bastante y

completa para una crónica, interesante y curiosa, vamos a tratarlos por separado, y sea esta primera para el primero de los tres mencionados: «el mayo», y tal como es tenido y celebrado en el antedicho pueblo.

La noche del día último de abril los mozos se movilizan y congregan para determinar sobre la celebración de Mayo Galán en el día de su triunfal entrada



en el año. El primer acuerdo es sobre «el mayo», que es el arbusto, símbolo de la fiesta. Y como previamente saben ya —porque lo tienen escogido— cuál ha de ser y dónde se encuentra, los mozos, en alegre cantinela, por grupos, armados de hachas, segurejas, sierra y cuerdas, se dirigen al lugar donde está el elegido árbol, que es un chopo o un pino, el cual será derribado a golpe de segur, cortado a ras de tierra y despojado, después, de todas sus ramas secundarias, dejándole sólo la copa.

En seguida, bien en carro o en hombros, es transportado a la plaza del pueblo, donde abren un hoyo y le plantan; procediendo a continuación a engalanarlo, revistiendo la copa de flores, cintas, pañolines, naranjas y rosquillas, hasta dejar aquélla bien cuajada de lo dicho, flameando al aire las primeras prendas que han de ser, a su hora, disputadas por los más ágiles y diestros en esforzada y afanosa competición, que tiene tanto de curiosa e interesante como de empeñada y divertida.

Plantado «el mayo», se escriben en sendas papeletas los nombres de los mozos y de las mozas de las dos respectivas cofradías. Las masculinas se depositan en un sombrero, y las femeninas en otro. Y una «mano inocente» va sacando una a una las de cada sombrero, en alternativa inalterada, de manera que al nombre de un mozo corresponda el de una moza, los cuales, así, por parejas —parejas mayeras, de un mayo y una maya— dan acomodo a toda la mocedad del pueblo que sea cofrade. Porque han de esta precisamente inscritos en la respectiva cofradía para poder figurar en este galano apareamiento —fugaz y de circunstancias— y tomar parte en las fiestas y actos de toda clase en el pueblo. Sobre todo los mozos, que sin

ese requisito y sin el abono de la pequeña cuota de entrada —se puede ingresar desde los dieciséis años—, no les es permitido ni ronda, ni cortejo, ni aún acceso o participación en los bailes de la localidad.

Hecho el sorteo, se forma una especie de cortejo que, con guitarras, bandurrias y otros instrumentos músicos se dirige, recorriéndolas una por una, a las

casas de las mayas, en la más galana, gentil y nutrida ronda, entonando ante la ventana de cada festejada cantares y coplas alusivos, donde figura el nombre de aquélla y el del mayo que en la suerte le ha correspondido; luego de haber engalanado previamente la fenestra

ya están saliendo en dirección a la plaza, en grupos de amigas, luciendo todas sus mejores galas típicas, que para esta fiesta salen a relucir de las viejas cómodas y los añosos arcones, lo que demuestra que estaban ya dispuestas y listas con antelación a la ronda.

El primer baile —una jota— lo bailan los «Alcaldes» primero y segundo, o «Mayor y Menor» —que de ambas maneras se los llama—, de la cofradía, con sus respectivas mayas; el siguiente, los demás mozos, cada uno con la suya, y luego ya, baile corriente hasta que anochece, en que las mayas se retiran a sus casas para tornar nuevamente, y en seguida, portando un plato o bandeja con dulces de horno o de sartén, con que obsequiar a sus festejadores.

Por último, el día de San Pedro, postrero de enramadas y rondas, se tiene baile igual, a cuyo final se quita el «mayo», que es vendido, y su importe empleado en un pequeño y general ágape. Y así acaba, en Montejo de la Sierra, la típica, tradicional, honesta y divertida fiesta del «mayo».

De un modo similar suele celebrarse en algunos otros pueblos, con variantes escasas en todos ellos, siendo El Molar uno que la celebra casi igual a la descrita, si bien tiene una nota simpática y galante de celebración y exaltación, de devoción y ofrenda a la Virgen, a la que declaran Maya Divina, y a la que, mayos y mayas a coro, dedican piadosas loas y cánticos que dicen mucho del amor que estas sencillas gentes tienen a la Madre de Dios, la Mejor de las Flores, en

el mes a Ella consagrado, como Rosa Mística y «Flos Campi et Lillium Convallium», como se la canta en el lírico epitalamio del Cantar de los Cantares.

LUCAS DE PLASENCIA

## EL FOLKLORE

## en Madrid y su provincia

# EL MAYO

con ramos, plantas y flores. Al terminar la ronda —que no es de escasa duración—, vuelven todos a la plaza y, junto al «mayo», hacen una gran chocolatada que degustan, avara y gozosamente, entre cánticos y algarazas jubilosas, retirándose a sus casas al venir el día.

Escenas semejantes vuelven a repetirse en las noches anteriores a la Ascensión, Pentecostés, Corpus y San Juan. Y el día de Pentecostés se celebra por la tarde, en derredor del «árbol mayo», el «baile de las mayas», a las que se ha convocado previamente en una ronda diurna de instrumentos músicos que ha recorrido al efecto las calles del pueblo. Conviene hacer constar, en honor de la solicitud y puntualidad de las mayas, que nunca se hacen esperar; antes, por el contrario, no más oír las llamadas que las reclaman,





## **PENSAMIENTOS FAMOSOS QUE NO SE HAN HECHO FAMOSOS TODAVIA**

El odio nunca es un sentimiento al día. Se enciende con pasados (rencores) y se alimenta con futuros (venganzas).

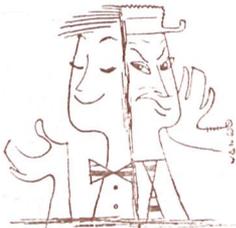


Hay un solo momento en la edad de la mujer en que podemos conocer su edad a ciencia cierta: el de su nacimiento.

**La celebridad es como la solitaria: devora al que la posee si no la alimenta continuamente.**

Las esposas y las interpelaciones parlamentarias acaban siempre solicitando algo.

La verdad no puede expresarse nunca impunemente. Si decís la vuestra, se os considerará fatuos; si la ajena, calumniadores.



Todavía hay estúpidos que creen que no estar conforme con nadie es una prueba de talento.

La retirada en las guerras de armas es casi siempre una cobardía; en las del amor, un talento.

**La libertad es el oxígeno del alma.**

**SOLTERO:** El que le gusta una mujer sobre todas.

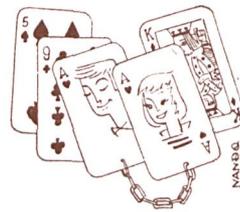
**CASADO:** Le gustan todas menos una.

*Los indultos y las herencias inesperadas aminoran las penas.*

En la Medicina se asciende como en los escalafones: a fuerza de muertes.

*La vanidad es la más susceptible de todas las epidermis.*

El valor de las virtudes, como el de las joyas, depende del escaparate en que se exhiban.



El matrimonio es el más peligroso de los juegos de azar.

En el mercado de la vida todo tiene su precio. El secreto para triunfar consiste, únicamente, en ser el primero en conocerlo.



Una copa es un vermut; produce apetito. Cinco copas son un estimulante; producen discusiones. Veinte copas son un narcótico; producen sueño. Centenares, son un irritante; producen úlceras. Millares, son un veneno; producen la muerte.

**José de CORDOVA**



## EL LOZOYA, RIO TRUCHERO

Abundante en su especie, sus truchas son de la más fina y rica clase

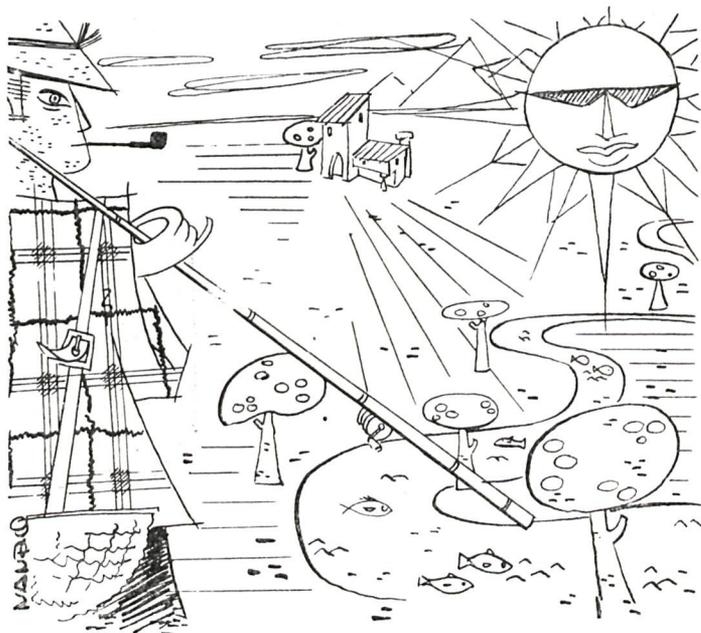
EL Lozoya es un río truchero. Esto no es para nadie secreto o, de serlo, para muy pocos; y desde luego, no pescadores. El Lozoya es, pues —lo repetimos—, un río rico en truchas, y de truchas muy ricas. Los profesionales y los devotos de la caña, y particularmente los cultivadores de esta especialidad, saben muy bien que no hay en nuestro aserto sombra de hipérbole; y mejor que todos ellos sábenlo los lugareños de Rascafría, Pinilla, Alameda, Lozoya, Celleruelo, Gargantilla y tantos otros más que omitimos por no hacer una lista desproporcionada, que en embalses, pozos y lugares estratégicos saben pescarlas con tanta facilidad como abundancia, y sacar al menester un más que congruo rendimiento, por procedimientos, naturalmente, nada en armonía con la Ley.

Donde más abunda la trucha es hacia el torrente, siendo las de estos lugares de un color oscuro, con pintas rojas y negras, más de aquellas que de éstas. No son muy grandes; por término medio suelen tener un peso de 150 a 250 gramos, sin perjuicio de verse y pescarse de kilo y alguna, muy rara, de dos kilos. Pero, eso sí, son muy ricas, muy finas. A éstas se las llama truchas «del Pinar», para diferenciarlas de las restantes y más en especial de las de los pozos del Lozoya, denominadas «del Valle», que son menos abundantes, pero más grandes, de color

más claro y de más pintas rojas en su piel. Ganan, sí, en grandor, pero lo pierden en exquisitez y finura, y se dan muy mezcladas con la boga, el cacho y el barbo.

En general, la trucha del Lozoya es la común o asalmonada, tropezándose frecuentemente con algunas «arco iris» y, aunque rara vez, alguna también «de los lagos de Escocia», procedente de El Paular.

A fines de junio se ven ya alevines, especialmente en los arroyos caudalosos afluyentes, y



más en particular en los de Santa María, Garcisancho y El Agilón, lo que demuestra que el desove de la trucha en el Lozoya, antes de retrasarse, se adelanta al de otros ríos.

Para la pesca de la trucha en el Lozoya conviene distinguir tres cosas: tiempo, hora y lugar. Esto es fundamental.

Como la trucha ama el agua fría, hasta el punto de que sólo cuando ésta está a muy baja temperatura es cuando puede decirse que es «su verdadero elemento» —cuando aquélla es elevada y las aguas se templan o pierden al menos su extremada frigididad, la trucha cae entonces en una especie de letargo, que, en el verano, en las horas de calor, llega a lo estuporoso—, así, el mejor tiempo de pescarlas tiene que ser el del frío. Pero como el invierno en estos parajes serranos es tan extremado y, salvo rarísimos días, no habrá pescador con el grado suficiente de heroísmo para pasarse un día a la orilla de un río en tan glaciales latitudes, hablaremos de su pesca en el verano, que entonces no sólo el tiempo convida, sino que hasta es un placer, una necesidad, una imposición, la excursión a lugares de tan amable frescura. Porque en verano también se pesca, y en cantidad, y normalmente. No digamos de los días tormentosos. Cuando el cielo se cubre de grandes y espesos nubarrones, precursores del tormentazo, el que se siente con arrestos para aguantar el chubasco, si viene, que se sitúe en lugar propicio y apreste su chistera para buen acopio, que ya verá cuántas pican y cómo.

Las mejores horas, en armonía con lo expuesto, dicho queda que son las más frescas. En el centro del día, cuando el sol aprieta, ni se intente siquiera. Se las verá en los sitios claros

—vaya por delante lo que ya es aforismo: «la trucha que se ve no se pesca», y luego lo demostraremos—, le llegará el cebo a las mismas «narices»; incluso alguna puede acudir a él si no le llegó; pero ni lo tocará. Esto es axiomático. Lo ve, lo «huele» digamos, y se marcha impávida, en un gesto de suprema indiferencia o de olímpico desprecio o desdén.

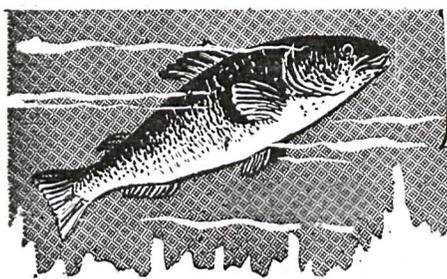
Consecuencia de esto —y estamos en el tercer punto: el lugar— es que debe buscarse sitio donde el agua esté más fría y la trucha no se vea. Donde se las ve quietas, inmóviles por la transparencia de las aguas remansadas y tranquilas, al más leve ruido, al menor movimiento, con la simple oscilación de una sombra que se proyecte en el agua, su desaparición será instantánea por mucha que sea la profundidad a que se encuentre; ocurriendo lo mismo en los lugares de corriente lenta o suave. Por muchas precauciones que se tomen, por mucho que «se repita la suerte», por mucho que se insista, difícilmente habrá una que pique.

El lugar apto, único, es el pozo o estancamiento donde el agua, entrando impetuosa o como en cascada, o precipitándose por entre el rocaje, revuelve el caudal y lo enturbia. No se verán allí, pero se pescarán. Allí y sólo allí. Porque, lo repetimos, la trucha que se ve, ésa no cae en el anzuelo.

En resumen: aguas frías, horas frescas y lugares cenagosos y turbulentos.

¡Lozoya, río madrileño, truchero por excelencia! Y de las mejores truchas. ¡Una joya más de la provincia de Madrid! ¡Lozoya, río truchero!

LUCAS GONZALEZ HERRERO





## EXITO DE LA V EXPOSICION DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA GRAN CORRIDA EXTRAORDINARIA DE BENEFICENCIA

De izquierda a derecha, los carteles de don Manuel Prieto, don Angel Esteban y don Luis Echanove, que obtuvieron, respectivamente, el segundo, tercero y primer premio, y que, en breve, aparecerán sobre las fachadas de Madrid anunciando el gran acontecimiento taurino y benéfico. — (Foto Leal.)

### D. JOSÉ MARÍA COSSIO PRONUNCIÓ, CON MOTIVO DE SU INAUGURACIÓN, UNA IMPORTANTE CONFERENCIA

SE PREMIARON, ENTRE MAS DE OCHENTA CARTELES, LOS FIRMADOS POR ECHANOVE, PRIETO Y ANGEL ESTEBAN

**A**NTE numeroso público, y rodeada de gran expectación, se inauguró en la tarde del 25 de abril la V Exposición de Carteles Anunciadores de la Corrida de Beneficencia, organizada por la Oficina de Prensa de la Diputación Provincial en el Casino de Madrid, y a la que concurren más de ochenta artistas de toda España.

El acto inaugural consistió en una conferencia que, sobre el tema del cartel de toros, pronunció el ilustre escritor don José María Cossío, de quien hizo la presentación el Marqués de la Valdavia.

El conferenciante inició su interesante disertación haciendo, en primer lugar, un documentado esbozo de los antecedentes históricos de las corridas benéficas hasta que Fernando VI pone a disposición de la Junta de Hospitales la Plaza de la Puerta de Alcalá, y que, según el señor Cossío, llegan a su apogeo en la actualidad gracias a la afición y el esmero del hoy Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia.

Ya de lleno en el tema del cartel anunciador de toros, toma como base o antecedente el antiguo bando, que consigue incluso sostenerse un siglo después de la aparición del primer cartel, hecho que se

**E**L Jurado presidido por el Marqués de la Valdavia e integrado por los señores don José Francés, académico de Bellas Artes; don Manuel Pombo Angulo, Diputado-Presidente de la Comisión de Prensa; don Eugenio Lostáu Román, Diputado-Presidente de la Comisión de Cultura; don José López Pinell, en representación de la Asociación de Dibujantes Españoles y del Sindicato de Actividades Diversas (Grupo de Dibujantes), y de don José San Martín, Jefe de la Sección de Beneficencia de la Diputación, emitió el siguiente fallo:

Por mayoría de votos se concede el primer premio, de 10.000 pesetas, al cartel núm. 33, firmado por don Luis Echanove; el segundo, de 4.000 pesetas, al cartel número 46, original de don Manuel Prieto, y el tercero, de 2.000 pesetas, a don Angel Esteban, por el cartel núm. 65, concediéndose estos dos últimos premios por unanimidad.

produce en el año 1761 en la plaza de Sevilla, y en 1765 en la de Madrid, y en los que se extractan parte del antiguo bando que leía el pregonero. Después de descubrir la existencia del cartel, el conferenciante pasa a señalar las características de los mismos, que, en principio, son puramente tipográficos, y a los que se van añadiendo adornos de orlas hasta el siglo XVIII, en que el cartel, influenciado por el romanticismo, va transformándose con estructuras góticas y grabados que, como los de Goya, influyen poderosamente en el cartel hasta el año 1892, en que, con el fotograbado, encuentra un eficaz y decisivo medio técnico de impresión.

Hace notar el señor Cossío la transformación, desde Rafael Molina «Lagartijo», de la Fiesta Nacional en un arte, transformación que, como es natural, influye también en el cartel anunciador que, en la última decena del pasado siglo, recibe el apoyo decisivo del color, que encuentra felices intérpretes en Martín Unceta, Dalmau y Pererda. Por último, llega don José María Cossío al cartel de hoy, que, después de una época de crisis, contradictoria y vacilante, se decide por este estilo que abunda en la Exposición que se estaba inaugurando, y al que tanto ha contribuido la Corrida de la Beneficencia y, concretamente, los concursos convocados por la Diputación de Madrid.

A la conferencia, que terminó con una fuerte y prolongada ovación en honor del señor Cossío, asistieron el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia; el académico don José Francés; el Presidente del Casino de Madrid, señor Agustina; el Vicepresidente de la Diputación, Marqués de Vivel, y los Diputados señores Pombo Angulo, Lostáu, Sanz Huerta y Pereira.



## EL CARTEL DE TOROS Y SU EVOLUCION

LA tradición es tal en nuestra más tradicional Fiesta que, lógicamente, tradicionales son todos los accesorios que la rodean. Sin embargo, hay que reconocerlo, existen ciertas peculiaridades que han ido, poco a poco, adaptándose al tiempo en que vivimos, sin adulterar la Fiesta, y en muchos casos, incluso, llegando a beneficiarla.

El espectáculo taurino, como tal espectáculo de masa, no podía en ningún caso abandonar o descuidar su propaganda. Ahí están para demostrarlo esos carteles antañones que certifican aquellas memorables corridas que, precisamente, ellos han contribuido a recordar y, al mismo tiempo, han marcado una especialidad en el arte de los carteles anunciadores.

Un cartel ha de ser, ante todo, llamativo. Si además lleva arte, mucho más llamativo todavía. El colorido, en este caso, lo da con facilidad el tema. Hacía falta, por lo tanto, en el cartel de toros originalidad. Y esto sí que era difícil. Obsesionados por el clásico cartel taurino y sus más clásicas figuras, nuestros artistas se dejaban llevar por lo hecho o quizás no acababan de atreverse a enfrentarse con lo acreditado. Pero nuestros carteles de toros necesitaban



Don José María Cossío en un momento de su interesante disertación.  
(Foto Leal.)

algo nuevo: apoyar su tradición en procedimientos modernos que llamaran la atención.

Así surgieron los concursos anuales convocados por la Oficina de Prensa de la Diputación Provincial de Madrid, en los que se pide un cartel de toros que despierte el interés del transeúnte, del hombre de la calle, y éste de acuerdo con el rango de la Fiesta que debe anunciar. Y ahí están esos carteles premiados en los cinco últimos años, en los que puede observarse la evolución que rápidamente han tomado nuestros artistas, que se vieron animados por jurados jóvenes en ideas, que ganaron para nuestra Fiesta el gran honor de presentárnosla con procedimientos del día.

Consecuencia de esta obra, el miércoles 25 de abril, a las siete y media, más de ochenta autores reunieron sus obras en la V Exposición de Carteles Anunciadores de la Gran Corrida de Beneficencia en el Casino de Madrid. Son la mayoría firmas conocidas y, entre ellas, aparecen también jóvenes valores, cuyas firmas empiezan a cotizarse en el difícil arte del cartel anunciador.

(Reportaje gráfico: Leal.)



novio es señorialmente sovero. Claro está que el trance no es para menos. Es la unión ante Dios y ante los hombres, y para toda la vida, con una mujer. La existencia cambia la individualidad por la dualidad. De ahora en adelante el camino habrá de hacerse en compañía hasta que el Señor sea servido de cortar, dramáticamente, el nudo o yugo que fijara en la más bella hora de espiritualidad.

Boda en Nacalcarnero. Rueda de mocitas girando al eje de la novia. Se admiran joyas y telas, se cuentan chambras y alfileres, y hay burlas, donosas, de los últimos temores de la futuro bienmaridada

Junto al novio, los mozos amigos, compañeros de trabajo y rondas, de esfuerzos y licencias, contemplan cómo el protagonista del lance se emperifolla. Desmañado por la falta de hábito, el novio lucha estoicamente con el estrecho y negro calzón, con la interminable faja, con la alba, rizada y almidonada pechera de la camisa, con puños y gemelos.

No sólo salen de los vetustos arcones familiares los trajes de los novios, sino también los de los suegros. Padrinos y cortejo se suman a la estampa, y así, cuando la comitiva discurre a lo largo y ancho del pueblo, éste parece

## Boda en Navalcarnero



SE ha hablado mucho y muy bien, con evidente justicia, de la austeridad de los hombres y de las tierras de Castilla. Los seres y el paisaje son sobrios, severos y con reciedumbre férrea, y aunque palpita en todo el aire de la meseta castellana un hálito eterno de la más augusta poesía, el hecho aparece soterrado, como ruboroso de la desnudez de la emoción.

En una de las alas del madrileño Museo de Reproducciones Artísticas está inscrita la siguiente leyenda: «Todo lo que no es tradición, es plagio».

De ahí que siempre las tradiciones tengan prestancia, nervio y energías de originalidad. Lo mismo, vernáculo, enraizado al espíritu de las gentes, cobra esplendores de singularidad.

Hoy ha habido boda en Castilla. Concretemos más: en Madrid. Y seamos aún más exactos: en un pueblo de la provincia de Madrid. Navalcarnero es el nombre de esta localidad geográfica madrileña.

Se ha tratado de una boda a la antigua usanza, a la antigua española. Los novios visten las mismas galas con que se adornaron, para idéntica ceremonia, sus abuelos, sus bisabuelos. En el vestido de la novia, oros y terciopelos, negros y vivos, tienen el mismo lustre que cuando la tatarabuela dejó de ser mocita para convertirse en doña. No digamos nada de los collares, pendientes y otros aderezos con que la novia se ha engalanado: resplandecen mismamente como el sol o como el sonrojado rostro de quien luce tales y tales filigranas.

Si el traje de la novia es ya un tanto grave, aun dentro de sus acertadas notas de policromía, el atuendo del

como por artes de taumaturgia, vuelto al ayer, al pretérito de pasadas centurias.

Lo ortodoxo triunfa en esta boda castellana. Hasta la plaza Mayor de la localidad se remoja con el paso y repaso de las mocitas bajo los soportales, embutidas, más que vestidas, a la antañona usanza.

Fueron los novios a la iglesia, se prosternaron ante el altar mayor, oyeron —casi sin escucharlos, por la emoción— los sagrados latines, y, tras el yugo y el cambio de anillos, pasaron a la sacristía a certificar con sus firmas la santificada y recta unión.

Ya marido y mujer, o mujer y marido, que tanto monta, el cortejo en pleno se hace espectáculo y procesión de